

po, es simbólicamente aplicable al estilo de Piñon. Reproducimos un fragmento de *El Dios de las mujeres*, de Luisa Muraro porque señala algunas ideas interesantes en el contexto de nuestra autora:

Las escritoras beguinas del siglo XIII inventaron una teología en lengua materna y fue por este camino por donde llevaron a Dios a la fragilidad de los inicios [...] y establecieron con Él o Ella una relación que respondía a su experiencia. Y la salvaba. Una relación en la que está permitido tocar y ser tocadas, comer y ser comidas, usar y ser usadas, agredir y ser agredidas, sin confusión y sin separación, como la naturaleza humana y divina en Jesucristo, como en la playa el mar y la tierra⁹.

Como aquellas mujeres del medioevo que vivieron su deseo en la escritura, toda la obra de Nélida Piñon «inventa» espacios cordiales de convivencia y libertad, incluso cuando lo narrado lo es de la ignominia. En tales casos, no ocultar la infamia y reconocerla es estar permitiendo su aniquilación.

La vida se le derrama como la leche que amamanta y, al escribir, acorta la distancia entre el fracaso que todo dolor innecesario ejemplifica, y el deseo inmenso que, como impulso hacia la sabiduría, ocurre en el alma enamorada y libre que su escritura enseña a disfrutar.

Es en tal punto donde querríamos concluir este breve viaje: en el lugar que el cuerpo crea con su gesto, como si la mano que escribe no fuera más que el final de un rito semejante a la danza o al sonido que fluye en una ópera. Tendríamos que decir que es demasiado sencillo identificar tal estilo desde el gusto de la propia Nélida Piñon, apasionada disfrutadota de la danza o de la obra de arte total que la ópera simboliza. Sin embargo, desde esa otra cara que ella ofrece iluminar para que contemplemos el rostro en plenitud de la escritura de las mujeres, invertimos la sentencia: la naturaleza armonizada por su voluntad hace que Nélida Piñon comulgue con la durezza en la ópera, en la danza clásica, como anagnórisis, y que toda su obra de escritora pueda, así, ser leída

⁹ Muraro, Luisa: *El Dios de las mujeres*, Madrid, Horas y Horas La Editorial, 2006, p. 76.

como el anuncio de esa exaltación impronunciable que provoca la aparición del sonido o del movimiento.

Ya Nietzsche nos invita al templo de la filosofía desde el espíritu dionisiaco como metáfora del pensamiento, pues es la Danza el arte de la impermanencia y, por lo mismo, un preciso discurso sobre la naturaleza humana. Como en la vida humana, no hay en la danza siquiera una partitura que recoja la intención, o un mero apunte textual que dé cuenta de la palabra o del espacio que habrá de ser recorrido: es técnica, intuición y desaparición de la técnica; todo es soledad, esa que escribiendo, dice María Zambrano, mantenemos. De la danza quedan, como mojones en el camino del pensamiento, imágenes, vibraciones; la geometría se hace luz, abandona la mera medida y la mera utilidad y se transforma en huella, en presencia que sólo será visible cuando la danza tenga lugar. Danza, pues, como arte de la memoria del cuerpo.

Dionysos aparece y los umbrales, las puertas que separan lo visible de lo que no se ve, dejan que pase el sueño creador que inaugura una «matria» nueva, un hogar nuevo. Nérida Piñon danza en los textos, o sus textos son una danza desbordada, protocolariamente inesperada, que refleja el rostro de Shiva creando un mundo con su baile: ritmo, cadencia, silencio, el gesto que traza un tejido, que dibuja el cuerpo de la invisibilidad secreta y da rostro a los misterios:

Cantando y bailando manifiéstase el ser humano como miembro de una comunidad superior: ha desaprendido a andar y a hablar y está en camino de echar a volar por los aires bailando. Por sus gestos habla la transformación mágica [...] El ser humano no es ya un artista, se ha convertido en una obra de arte: para suprema satisfacción deleitable de lo Uno primordial, la potencia artística de la naturaleza entera se revela aquí bajo los estremecimientos de la embriaguez¹⁰.

Tal escribe Nietzsche en *El nacimiento de la tragedia*, para continuar:

¹⁰ Nietzsche, Friedrich: *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, p. 45.

[...] algo jamás sentido aspira a exteriorizarse, la aniquilación del velo de Maya, la unidad como genio de la especie, más aún, de la naturaleza. Ahora la esencia de la naturaleza debe expresarse simbólicamente; es necesario un nuevo mundo de símbolos, por lo pronto el simbolismo corporal entero, no sólo el simbolismo de la boca, del rostro, de la palabra, sino el gesto pleno del baile, que mueve rítmicamente todos los miembros¹¹.

El lenguaje nacido es, entonces, un humano conjuro capaz de abolir el azar, y autora, narración y lector danzan juntos. A veces, en un abismo, ciegos los ojos, atadas las manos, con la desesperación común de quien acepta un por qué de derrotas cuyas heridas no cicatrizarán nunca. Pero la palabra sigue siendo, a pesar de todo, «matria» y ofrece la voz, el abrazo, por si al ser humano todavía le quedase alguna fuerza para seguir. Gesto sanador, ofrecimiento, estas palabras. Al inicio de nuestra intervención hablábamos de ángeles caídos, los escritores, esforzándose por volar; y de la mujer como sacerdotisa que custodia el peregrinar humano que ha dado lugar a la escritura, al libro. Danza.

De la tierra al cielo, entonces, hay un pasadizo que puede recorrerse de la mano de la imaginación sin límites, y una bellísima certeza regalada por Nélida Piñón:

No hay castigo para los que se exceden en el campo del arte¹² ©

¹¹ Idem, p. 49.

¹² Piñón, Nélida: ob. cit.: p. 25.



¿Qué quiere decir?